

LEGADO CATÓLICO: LA RELIGIÓN AMERICANA¹

Venció a las teogonías indígenas un credo extranjero y fue el catolicismo la religión del Nuevo Mundo español. En los desolados templos del Sol se levantaron iconos, y en los rojos altares aztecas se celebraron sacrificios incruentos. Se bastardeó en la lucha con los americanos la creencia extraña, y la nueva Iglesia asimiló en curiosa síntesis todas las tradiciones. El indio practica un culto semipagano, confusión de dos religiones. En las clases populares se simplifica la fe católica: es adoración de santos tutelares y de genios maléficos. En las castas dominantes de criollos y mestizos, se convierte en credo elegante, aristocrático, institución de Estado y fórmula necesaria para los grandes actos de la vida civil. La vida ha sido dominada por la religiosidad hereditaria: moral privada, código social, luchas políticas, todo lo explica la antigua fe. Es rito indispensable, es solución providencial al drama de la vida que pide la pereza criolla. El catolicismo, credo heredado de los españoles, molde secular en que se forman las nacionalidades, infunde convicciones idénticas, actitud uniforme ante la muerte, crea un culto pomposo y nuevos funcionarios. No hallamos en ultramar un escepticismo elegante, una religión puritana, ni un misticismo como el español, que da intensidad a la vida y vigor a la acción. Adecuado al alma criolla, incapaz de continua exaltación, el catolicismo americano es religión tímida y oficial.

El clericalismo y el anticlericalismo fueron igualmente funestos en la historia de estas democracias latinas. Agregaban a la inestabilidad política una nueva inquietud. Comunicaban un ardor jacobino a las guerras civiles. A aquellas contiendas que ensangrentaron a Colombia, al Ecuador, a México, sucede hoy la indiferencia en el orden religioso. Fatiga de batallas estériles o resultado inmediato de la lucha por la riqueza.

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. III, cap. I. Título original. [THM]

Asistimos a la decadencia de la religión tradicional. La Iglesia se convierte en institución burocrática. Los conventos atraen únicamente a las clases inferiores. La robustez de las convicciones creadoras, que es la fuerza de los hombres bíblicos de Norteamérica, la preocupación del destino humano, el sentido trágico del deber, la conciencia de la seriedad de la vida, no turban al catolicismo americano, sensual y linfático.

En el orden económico y político esta indiferencia religiosa es causa de indecisión en las opiniones, de odio a las ideas y de inmoralidad. Los hombres educados por España tenían convicciones rigurosas en moral, en religión, en política. La decadencia de la fe, unida a la extensión del mestizaje, explica la flexibilidad moral de las nuevas generaciones. Falta un credo a estas repúblicas indiferentes; las antiguas costumbres estaban ligadas a una religión severa; en ella encontraban explicación y sanción. El abandono del catolicismo en democracias sin cultura moral es la regresión a la barbarie.

Se ha adaptado, pues, la religión secular a la vida americana. Nuevo ejemplo de esa admirable flexibilidad del catolicismo que explica su fecunda vitalidad. Ha perdido su rigidez cristiana para convertirse en suntuoso credo de una raza imaginativa y sensual. Se ha desarrollado viciosamente el culto externo en pueblos que no sienten el tormento de la duda ni el entusiasmo de la fe. El credo secular es allí un instrumento de unidad política: enseña el respeto a las jerarquías, el orden necesario; predica una moral, sugiere una esperanza; condena la anarquía y une las castas sociales. A esa función histórica se agrega su acción necesaria, hoy, ante los avances del industrialismo.

Un franco renacimiento de la fe antigua será útil a la moral de las clases dirigentes y a las direcciones de la evolución económica. La conquista de lo útil apaga en las fauces satisfechas la sed de lo infinito. La riqueza transforma a los pueblos de América, es la base del orden interno, del desarrollo político, del crédito nacional. Empero, ¿favorece la cristalización de una moral, se opone a la corrupción administrativa, al despilfarro fiscal?

En los Estados Unidos, el puritanismo tradicional es la perpetua defensa contra la inmoralidad plutocrática. En el Sur latino sólo una fe renovada y profunda puede dar a las riquezas acumuladas un sentido nacional. Una América sierva de Calibán, sin perspectivas ideales, fría-mente atea por pereza mental o indiferencia, sería un inmenso continente mediocre, que podría sumergirse, como la Atlántida, sin dejar en los anales humanos el recuerdo de una sagrada inquietud, de una teogonía, o siquiera del ateísmo apasionado y de la duda trágica.

Comprendieron siempre los grandes políticos americanos que el catolicismo estaba profundamente vinculado a la nueva raza. Bolívar llegaba a la intolerancia en su afán conservador. Y cuando Portales en Chile, Francia en el Paraguay, García Moreno en el Ecuador y Núñez en Colombia quisieron vencer la anarquía y crear estables democracias, soñaron con la fundación de repúblicas cristianas. Querían que la Iglesia fuera esencialmente americana. Guzmán Blanco ambicionaba una religión venezolana ligada al Estado paternal. Según la tradición española, eran los presidentes generosos tutores de la Iglesia. El regalismo conquistó a clérigos y a doctores, y ante Roma defendieron juristas sutiles los privilegios de la Iglesia americana. Fue condenado un gran polemista peruano, Vigil, quien, sin abandonar el sacerdocio, escribió libros eruditos contra las ambiciones del poder eclesiástico.

En el rito, en el precepto, se había modificado el catolicismo americano. Eran más flexibles sus disposiciones, más tolerante su espíritu.²

Persiguiendo la misma adaptación a las costumbres del Nuevo Mundo, reformadores celosos pretendieron despojar al catolicismo de su carácter internacional. Exigieron en Centroamérica enérgicos dictadores el juramento de fidelidad al clero y suprimieron el celibato eclesiástico. Consideraron otros políticos que el trópico es hostil a la rigidez del celibato y, como protesta contra la abundancia de familias irregulares que forman los curas en las sierras solitarias de América, impusieron el matrimonio a los sacerdotes. Fracasó aquella rebelde tentativa, pero aún hoy subsiste el patronato que une profundamente la Iglesia al Estado; y la protección al clero nacional, que es el desiderátum de muchos políticos, contribuye a americanizar el credo nacional.

No podrá exagerarse esa tendencia, porque el catolicismo, heredero de la ambición romana, une a todas las razas y sólo tolera débiles privilegios. En la unidad de la Iglesia universal se disuelven todos los provincialismos. Pero, dentro de esa necesaria uniformidad, puede la religión americana preferir los sacerdotes nacionales a congregaciones extranjeras, perpetuar la suave tutela del Estado que hace de la Iglesia una institución castiza, sustituir los santos, las leyendas y las tradiciones del continente a una milagrería importada.

En los Estados Unidos, un movimiento condenado por la Iglesia, el «americanismo» del padre Hecker, pretendía dar a la religión romana nuevos caracteres impuestos por la vida yanqui. Una creencia más activa,

² Duras prácticas religiosas, como el ayuno, se suavizaron, por ministerio de la Iglesia, en los climas enervantes de ultramar.

más tolerante que el catolicismo europeo, en el que el dogma desterraba a la acción, surgió en el seno de una raza enérgica, y, a pesar de la oposición de Roma, hoy mismo repudia la fe de los norteamericanos, las bizantinas discusiones teológicas, y aspira a fraternizar con todas las sectas cristianas que luchan en contra del materialismo invasor. Un agudo observador, Henri Bary, llama *positivismo cristiano* a esta fusión de morales activas, y halla en esa «escuela de energía práctica», el sincero deseo de luchar por el bien, olvidando sutiles investigaciones sobre el dogma. Cabe también en el Sud latino un limitado americanismo religioso.

Necesitan repúblicas de nuevos pobladores. Una Iglesia intolerante se opondría al desarrollo económico. El catolicismo es el credo de la colectividad política, pero los inmigrantes traerán nuevos cultos que es preciso respetar. La libertad de conciencia y de cultos son artículos necesarios a las constituciones americanas. Atraen al colono extranjero y desarrollan el sentido de la tolerancia.

No se opone a la existencia de una religión nacional esta libertad de creencias. Lucharán las doctrinas diversas en las futuras democracias enriquecidas por inmigrantes. Es preferible la querrela religiosa que promueve ideas y afirma convicciones a la plebeya quietud de las almas indiferentes. Privilegiada e inviolable, la Iglesia americana se debilita. Engendra odios jacobinos, disputas con el poder civil, un clericalismo estéril. La libre discusión religiosa, dentro de la más perpetua tolerancia, despojará al catolicismo de ritos parásitos para convertirlo en religión activa y conquistadora.

Ni Iglesia privilegiada ni Iglesia separada del Estado: tal parece el ideal americano. Cuando, a ejemplo de los Estados Unidos, se ha buscado el divorcio entre las dos grandes fuerzas sociales, eclesiástica y política, ni ha sido perpetuo tal alejamiento, ni verdadera la libertad de la Iglesia en relación con los gobiernos hostiles a la idea religiosa. Espontáneamente se unen de nuevo ambas influencias, y el Estado, según la tradición latina, usa del catolicismo como de un seguro instrumento político.

Alberdi pensaba que el protestanismo es la religión de las repúblicas. Un joven crítico uruguayo, discípulo de Ruski, Alberto Nin Frías, propaga en América la religión del individualismo y del deber austero. Cree en los beneficios de una Reforma protestante. Pensaba Juárez que el indígena mexicano hallaría en esa religión, idólatra de santos y de curas voraces, una vida moral superior, el sentido de la obligación y del esfuerzo.

Si es benéfica la discusión religiosa y la variedad de credos y teologías cuando la política no se convierte en lucha dogmática, en la Améri-

ca inquieta, donde coexisten tantos elementos de discordia, la batalla religiosa sería, como en Colombia y Chile, seguro agente de disolución o regresión. No es tampoco el protestantismo religión adecuada a estas democracias sometidas a una disciplina católica tres veces secular. Ha perdido la raza el antiguo individualismo que inclina a la fe protestante, y la austeridad calvinista o puritana es extraña a la imaginación tropical y a la castiza sensualidad.

Aun en los conquistadores americanos domina la educación de la Iglesia: son intolerantes y dogmáticos, católicos al revés, rojos inquisidores. Lo ha explicado Unamuno, profundo observador de la tradición española. La inteligencia americana es católica, en religión y en política. No se concibe la conversión en masa de un continente español y latino a una religión extranjera por su individualismo, por su ardor místico y por su tristeza.

Juan Enrique Lagarrigue, en Chile, y algunos positivistas de México y del Brasil predicán en América la religión de Augusto Comte. Adoptan el culto de la humanidad, el calendario y los santos del positivismo. Es impopular este esfuerzo en América. Olvidan sus apóstoles que el positivismo integral es un catolicismo sin dogmas, mero cambio de ritos y de fetiches. Estas democracias inclinadas a endiosar caudillos, no aman a los grandes hombres lejanos de la religión de Comte. Prefieren símbolos tangibles y ritos sensuales. El renacimiento religioso únicamente podrá realizarse dentro del catolicismo, religión tradicional, matriz de ideas y costumbres, imponente presión a la que no escapan ni el indio servil ni el español hidalgo.